

CRECIMIENTO CON LIMITES (II)

CON otro enfoque, basado en las posibilidades del sistema socialista, ya en su fase de avance hacia el comunismo, el punto de vista soviético (23) sobre el crecimiento futuro es tan expansivo como el de los capitalistas desarrollistas que acabamos de examinar, aunque sin caer en la trampa cuantitativa de las extrapolaciones de tendencias exponenciales a largo plazo.

El lema oficial de cara a la segunda mitad de lo que en la URSS se llama el «siglo soviético» (1917-2017), es una antigua frase de Lenin que literalmente dice: «Debemos soñar». Aclaremos que al hacer una afirmación en apariencia tan normativa, Lenin partía del concepto de ensueño implícito en un pasaje de Dimitri I. Pisarev (24), que bien merece la pena transcribir: «Si el hombre fuera totalmente incapaz de soñar, de mirar adelante de tiempo en tiempo, y de ver en el ojo de la mente la forma final de un trabajo recién comenzado, entonces no nos resultaría comprensible qué es lo que le impulsa a emprender y completar sus amplias y laboriosas obras en el campo del arte y de la ciencia, o en las tareas prácticas que exigen tiempo y energía» (25).

Lo cierto es que con esa recomendación de soñar el mañana, en el libro «El año 2017», como en una anterior obra auspiciada por la propia Academia de Ciencias de la URSS (26), se ofrecen toda una serie de maravillas sin fin de cara al futuro, en un crecimiento que no tendría límites, siempre —claro está— que el socialismo acabase siendo el sistema político social triunfante en el mundo. Según este enfoque, más propagandístico que científico, la técnica podría originar un universo totalmente dominado por el hombre, con productos tales como «invernaderos girando alrededor del Sol», «lagos interiores del tamaño de mares en Siberia y en la Amazonia», «un oasis

en el Sahara de diez veces el tamaño de Francia», etcétera.

Pero, por desgracia —diríamos— en estas visiones futuristas soviéticas, nada se dice sobre cómo será posible que el mundo globalmente pueda ser socialista sin un modelo que sea generalmente aceptable. Como tampoco nada se aclara sobre los problemas actuales que confronta la URSS y que suponen auténticos límites al crecimiento, en razón a lo menguado de

las libertades personales (que generan falta de información), al atraso tecnológico (que hace depender al socialismo del capitalismo), al derroche de recursos por ineficiente planificación, etcétera.

En otras palabras, la planificación de toda una serie de aspectos sociales y políticos, y esencialmente de la libertad, están ausentes de los esquemas soviéticos a largo plazo. Así lo ponían de relieve los físicos Sajarov y Tur-

chin y el historiador Medvedev en la carta que dirigieron el 19 de marzo de 1970 a Breznev, Kosygin y Podgorny (27). Los hechos acaecidos desde entonces no han dejado de dar la razón a los tres sabios sobre lo que esa falta de planificación de la libertad supone, tanto para el progreso de la propia URSS como para su imagen en el exterior y sus relaciones con otros países socialistas.

Si del plano de las visiones futuristas pasamos a los estudios a largo plazo de base más científica, lo cierto es que seguimos encontrándonos con una previsión soviética de crecimiento sin límites. Este es el caso del trabajo de T. S. Khachaturov, de la Academia de Ciencias, que lleva por título «Planificación y previsiones a largo plazo en la URSS» (28).

En el citado estudio se pone de manifiesto que «el crecimiento de la población estimula la expansión económica. Este factor, así como la baja densidad de población en muchas partes de la URSS —se asegura—, nos muestra que durante las próximas décadas, difícilmente habrá ninguna necesidad de limitar el crecimiento de la población de la URSS» (29), que para el año 2000 habrá aumentado aproximadamente en un 30 por 100 respecto a 1970, llegando a 315 millones de habitantes (242 en 1970).

Para el año 2000 se estima que los gastos en educación serán en la Unión Soviética del orden de 4 ó 5 veces los actuales, y el consumo por cabeza se incrementará (fundamentalmente gracias al crecimiento de la productividad) hasta 4 veces el actual, llegando a unos 3.800 rublos (30). Todo esto significa que como conjunto, en sólo treinta años, la URSS tendría que consumir materias primas y energía por un monto que en principio equivaldría a 5,2 veces el volumen actual, y aunque se mejorase el coeficiente de aprovechamiento de la energía y la cantidad de materias primas en los distintos productos, reduciéndolo de 1 a 0,8, el total de insumos sería de 4,16 veces el actual.

Es decir, en treinta años la URSS tendría que llegar a producir anualmente 4,16 veces lo que en 1970 en recursos de base. No obstante

Lenin: «Debemos soñar».



(23) Si como tal podemos tomar la recopilación de artículos que contiene el libro «The Year 2017», editado por la Agencia de Prensa Novosti, Moscú, 1968, que incluye artículos de astronautas, académicos y periodistas.

(24) Pisarev (nacido en 1840) murió ahogado a los veintiocho años. En los cuatro años y medio que pasó en prisión por defender a su maestro Herzen, escribió un gran número de artículos críticos que le caracterizan como uno de los «nihilistas» rusos más destacados en el pensamiento prerrevolucionario.

(25) «The Year 2017», Op. cit., pág. 9.

(26) Nos referimos a la compilación de M. Vasiliev, «Reportaje desde el siglo XXI», versión española, Alianza Editorial, Madrid, 1970.

(27) Los principales pasajes de esa carta aparecieron en *Newsweek*, de 13 de abril de 1970 y en los números de ABC de los días 28 y 29 de abril.

(28) «Long-Term Planning and Forecasting in the USSR», *American Economic Review*, mayo de 1972, págs. 444 a 455.

(29) Op. cit., pág. 446.

(30) En 1970, 1 rublo = 1,1 dólares.



Ramón Tamames

lo inmenso de su territorio, y aun teniendo en cuenta las tibias medidas conservacionistas a que se hace referencia en el artículo de Khachaturov (31), un esfuerzo extractivo de este orden sería realmente fantástico. ¿Qué no sucedería, pues, si a ello se hubiese de agregar el excedente que habría de generarse como contraprestación de la asistencia tecnológica y de capital que los soviéticos habrían de recibir de EE. UU., Japón y Europa para llevar adelante sus grandes planes?

Por otra parte, en la previsión soviética a largo plazo, a diferencia de lo que sucede con otra análoga para EE. UU. incluida en el mismo número de la «American Economic Review» (32), no se hace nin-

guna referencia a posibles cambios en la estructura de consumo o, simplemente, de transformaciones en las aspiraciones de los ciudadanos. Nos encontramos, pues, ante una economía desarrollista nacional, en donde tampoco hay lugar para pensar en ayudas decisivas al Tercer Mundo, quedando el privilegiado espacio soviético exclusivamente dedicado a sus propios nacionales. ¿Podría hacer esto un país socialista en un mundo con 7.000 millones de seres humanos?

Cierto que con menos intensidad, no son pocos los comunistas en los países occidentales que en la misma línea del triunfalismo futurista —casi siempre combinado con planteamientos conservadores en términos electorales a corto plazo— se alinean en un esquema de sociedad desarrollista sin fin, criticando, como lo hace Marchais, secretario general del PC francés, a la sociedad capitalista, «porque representa un freno al consumo de las masas». Cuando en realidad, como pone de relieve su compatriota Barnaley, lo que debería reprocharse al capitalismo «no es que limite el consumo, sino más bien lo contrario, que lo estimula por todos los medios. Hasta tal punto que las necesidades espontáneas del hombre no bastan para ampliar su frenesí productivo, siendo un sector de actividad privada especializado —el aparato pu-

blicitario— el que genera las necesidades mismas» (33).

Esta clase de argumentaciones es bastante común hoy día en las críticas al uso sobre consumismo y publicidad. Pero ya mucho antes de que tales fenómenos alcanzaran una cota mínimamente comparable con la actual en los países más desarrollados, Marx se había fijado en el mecanismo en cuestión en toda su profundidad, cuando afirmaba que «la producción da lugar por tanto al consumo: a) proporcionándole su materia, b) determinando el modo de consumo, c) suscitando en el consumidor la necesidad de productos que ella ha creado materialmente. Por consiguiente, ella produce el objeto, el modo y el instinto del consumo. Por su parte, el consumo suscita la predisposición del productor y despierta en él una necesidad animada de una finalidad» (34).

En resumen, las tesis desarrollistas sin límites (sean del carácter capitalista de los Clark, Kahn o Rostow, o del matiz de los soviéticos o de algunos comunistas occidentales) no tienen en cuenta que el carácter finito del mundo

no admite un crecimiento sin límites, infinito. Por otro lado, tampoco toman en consideración las serias dificultades que ya hoy es posible contemplar en la perspectiva de un crecimiento rápido tanto en los países capitalistas como en los socialistas. Como tampoco se ofrece ninguna consideración crítica sobre el hecho de que ni en uno ni en otro bando hay al presente un modelo que funcione a entera satisfacción a efectos internos y que permita que paulatinamente vayan amortiguándose las distancias entre desarrollados y menos desarrollados.

La excepción al desarrollismo en el mundo socialista se nos ofrece, sin duda, en el caso de China, del que desafortunadamente aún no tenemos conocimiento directo. Aparte de los libros de Edgar Snow, Robert Guillain, Alain Peyrefitte y otros sinólogos más o menos profundos, los últimos tiempos nos han traído algunas visiones rápidas de economistas como James Tobin (35), Wasily Leontief o J. K. Galbraith (36), subsiguientes al viaje que conjuntamente realizaron a China Popular en 1971.

(31) Especialmente en la página 448 al referirse al uso de la tierra con fines agrícolas y a la escasez incipiente de agua en determinadas regiones.

(32) Nos referimos al artículo de Lester C. Thurow, «The American Economy in the Year 2000», AER, mayo 1972, páginas 439 a 443. En este artículo sí que se tiene en cuenta con toda claridad lo que el autor, no sin ironía, llama la «Santísima Trinidad»: contaminación, congestión humana y agotamiento de los recursos naturales animados o no animados. En realidad, la mayor parte del artículo se dedica a apreciar este triple problema, no sólo en términos de ZPG y ZEG, sino también teniendo en cuenta los índices de bienestar económico relacionándolos con los planteamientos de A. M. Okun («Should GNP Measure Social Welfare?», Brookings Bulletin, Washington, verano de 1971) y de E. F. Denison («Welfare Measurement in the GNP», Survey of Current Business, Washington, enero de 1971).

(33) En «Croissance et capitalisme», en Politique Écono., citado por Philippe d'Iribarne en «La politique du bonheur», Seuil, París, 1973, pág. 138.

(34) Carlos Marx, «Fundamentos de la crítica de la economía política», Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970, página 31.

(35) James Tobin, «La economía china: la opinión de un turista», en Perspectivas económicas, núm. 3, 1973, págs. 77 a 84.

(36) Wasily Leontief, «El sistema económico chino», artículo reproducido en ABC, número del 18 de diciembre de 1973, páginas 18 a 21; John Kenneth Galbraith, «Pasajero en China», versión española, Plaza y Janés, Barcelona, 1973.

CRECIMIENTO CON LIMITES

En todos esos trabajos se aprecia, junto con la constatación de un desconocimiento mayor o menor de las grandes cifras de la economía china, una expresiva admiración por su modelo de crecimiento. Creo que así pueden calificarse sus observaciones sobre el sentimiento de solidaridad en las comunas, la escasez de incentivos económicos compatible con el trabajo bien hecho, la limpieza de las ciudades, el reciclaje de los desechos urbanos e industriales, la combinación de trabajo físico y manual, etcétera.

Sin embargo, los datos son muy escasos como para que nos pronunciemos todavía sobre el modelo chino, y sobre todo —insistimos— nos falta la ineludible vivencia directa. Lo que en cualquier caso parece fuera de toda duda es que en China no se ha optado por un modelo de consumismo ni por un desarrollo a costa de cualquier cosa. Aparte de que la organización de la Agricultura se ha hecho de forma muy distinta de la soviética, y de que la comuna puede ser la base de un futuro sistema comunista que parece más próximo que en la URSS, los dirigentes chinos está claro que en dos ocasiones —el Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural— no vacilaron en posponer el objetivo del crecimiento al de los grandes reajustes ideológicos.

7. LA ESCUELA FRANCESA: EXPANSIVOS CON TENDENCIA COMO MAXIMO A FRENAR EL CRECIMIENTO DE FORMA PERSUASIVA Y CON ENFASIS EN LA REESTRUCTURACION DEL MODELO ACTUAL

En realidad, reconocemos que el título de «Escuela Francesa» es un tanto inexacto, puesto que bajo el mismo incluimos toda una serie de posiciones que divergen no poco entre sí; aparte de que en este grupo no figuran por lo menos dos estudiosos franceses del tema —Philippe Saint-Marc y René Dumont— que por sus planteamientos pasamos a otras categorías notablemente menos expansivas. Así, pues, en esta sección de la «Escuela Francesa» aparecen toda una serie de autores del vecino país que han tomado conciencia de los problemas ecológicos y de los defectos globales del actual sistema de crecimiento —Sauvy, Chévenement, Garaudy, Faure y Barre—, pero que a pesar de todo siguen sintiendo una cierta nostalgia por las tendencias hacia una expansión rápida.

El caso de Philippe D'Iribarne, como podremos comprobar, es bien distinto, pues critica abiertamente el mito de la expansión acelerada. Si lo situamos dentro de la «Es-

cuela Francesa» es, sencillamente, aparte de su nacionalidad, por su papel como crítico de la misma, sin que —a diferencia de Saint-Marc o de Dumont— haya llegado todavía a «soluciones propias y definitivas».

Alfred Sauvy, en su ya citado libro «¿Crecimiento Cero?», entró a fondo en el tema. Presenta, desde luego, una postura mucho menos optimista que Clark, Rostow y Kahn, y como puntos centrales caracterizadores de su posición podríamos señalar los siguientes:

- 1) La escasa atención que generalmente se presta a los temas demográficos, hace incurrir en grandes errores a los prospectivos partidarios del crecimiento cero.
- 2) El freno a la explosión demográfica no puede venir sino de la educación y no de medidas coercitivas o de carácter fiscal.
- 3) El crecimiento cero a partir de ahora plantearía dificultades, y



Sicco Mansholt.

la necesidad de buscar, dentro de no muchos años, nuevos aumentos de natalidad para amortiguar los efectos del envejecimiento, que acabaría por convertirse en un problema más grave que el de la superpoblación.

Al final de su libro, Sauvy resume su tesis con estas palabras, que en nuestra opinión suponen una postura reflexiva, pero en la que todavía hay mucho de optimismo demográfico, así como de sentimientos antisupranacional y antisocialista:

a) Sin que pueda hacerse de forma precisa una «previsión negra», el asunto (del crecimiento futuro) es muy serio.

b) El problema de la población es menos importante que la oposi-

ción entre países ricos y pobres y la explotación de éstos por aquéllos.

c) Deben emprenderse investigaciones amplias y profundas para calibrar los peligros y su cadencia, a fin de establecer prioridades y medios.

d) El crecimiento del consumo por persona, es decir, el desarrollo económico, es mucho más nocivo que la expansión demográfica.

e) La fórmula de «crecimiento cero» carece de sentido.

f) Cuanto más rigurosas sean las medidas de freno demográfico que se adopten, más tendencia habrá a que se imponga un régimen socialista.

g) Resulta imprudente amedrentar al público con amenazas que con el tiempo pueden revelarse inútiles (37).

En realidad, en Sauvy late siempre un cierto temor al envejecimiento de la población francesa, sin duda por el recuerdo del que se produjo en el período de entreguerras y al cual se atribuyó la debacle frente a Hitler en 1940. Este temor latente es, a nuestro juicio, una muestra bien clara de que el célebre demógrafo sigue concibiendo la Francia del futuro como gran potencia, o por lo menos como aspirante a una supervivencia indefinida de su plena soberanía. Ahí radica la base de nuestra observación de un cierto sentimiento antisupranacional europeo, pues sin necesidad de entrar aquí a criticar las visiones de grandeza a que son tan aficionados los hijos de San Luis —o sus corifeos, como el Instituto Hudson (38)—, nos parece evidente que en diez años más, o Francia es una parte importante de una Europa trascendente en el mundo o será una nación aislada y no poco frustrada.

En cuanto al antisocialismo de Sauvy, es evidente en su conclusión f); sin que el propio interesado llegue a explicar a fondo cómo puede evitarse de cara al futuro una onda socializante que en su país se percibe por doquier, y frente a la cual la política francesa no es precisamente ni la que menos la necesita ni la que peor está preparada para recibirla.

Aparte de todo ello, y no obstante un pasaje en que afirma que la preparación de su obra le llevó dos años de tiempo, lo cierto en realidad es que el libro de Sauvy pensamos que todavía se halla «en borrador», por lo reiterativo, por la falta de criba en las fuentes

utilizadas (39), por la carencia, en definitiva, de un hilo conductor teórico realmente fundamental.

Dentro de la «Escuela Francesa», una tendencia que podríamos llamar «de compromiso» es la que se ha dado en llamar el «crecimiento rápido pero humanizado». Su origen más claro hay que verlo en el Partido Socialista francés, cuyo secretario nacional, Jean-Pierre Chévenement (40), expuso esta tesis con indudable nitidez. El punto de vista puede sintetizarse en que los países desarrollados no disponen hoy más que de un «modelo de desarrollo artificial y pobre». Frente a esa situación, la propuesta no consiste en crecer más lentamente, sino con mayor rapidez (el 8 por 100 en vez del 6 por 100), si bien con una finalidad básica, «la sociabilidad», que entraña una completa revisión del modelo actual.

Este punto de vista lo comparte el propio Garaudy cuando afirma que «no es el crecimiento en sí lo que está en tela de juicio, sino el modelo de crecimiento». Y otro tanto podría decirse de Edgar Faure cuando afirma que «lo importante es reorientar profundamente el progreso económico tanto en los fines como en los sectores» (41).

También habría que incluir en esta misma posición a Raymond Berre, quien en el Informe que presentó a la Comisión de la CEE en julio de 1972 afirmaba que «el objetivo no consiste en frenar la expansión, sino en adaptarla a las nuevas aspiraciones que han suscitado la sociedad de consumo y sus éxitos».

Todas estas actitudes, que componen un frente hasta cierto punto común, son criticadas por Philippe D'Iribarne como un «falso compromiso». El problema para D'Iribarne radica en que no puede haber crecimiento rápido sin sufrimiento, «porque si el crecimiento es rápi-

(39) Por ejemplo, gran parte de las expectativas de Sauvy tienen su base en el libro de François Callot, «Les richesses mondiales» (Seuil, París, 1970), que nos parece muy escasamente documentado, y que presenta un panorama que a cualquier observador imparcial puede parecerle demasiado optimista, y que de hecho se sintetiza en este párrafo: «El porvenir está asegurado. Sí, el porvenir del suministro mundial de materias primas minerales está asegurado. Nuestros hijos, nuestros nietos y los bisnietos de éstos no sufrirán su escasez; todo lo más deberán pagarlas un poco más caras» (página 114).

(40) Ver, por ejemplo, su artículo a este respecto en *Le Monde* del 25 de julio de 1972. Citado por Ph. d'Iribarne, en «Pour une politique de bonheur», Seuil, París, 1973, pág. 154.

(41) R. Garaudy, en las «Recontres internationales du ministère de l'Économie et des Finances», París, 20-22 de junio de 1972. Cf. Ph. d'Iribarne, Op. cit., página 154.



René Dumont.

do, sus efectos físicos (42), por muy favorables que puedan ser, resultan de un orden de magnitud muy inferior a los efectos negativos, y por tanto no pueden compensarlos» (43). Para D'Iribarne, «el crecimiento no puede ser favorable al bienestar más que en el supuesto de que las transformaciones que comporte para la sociedad se produzcan con suavidad ("douceur"). No se ve cómo tal cosa podría suceder con ritmos de crecimiento próximos a los que conocemos actualmente» (44).

De lo que en realidad se trata, según D'Iribarne, no es de encontrar compromisos —los tradicionales «justos medios»— entre el desarrollismo sin límites y el crecimiento cero. Ni tampoco lo deseable es simplemente «humanizar» el crecimiento, haciéndolo «más sociable». En el fondo, no hay por qué fijar un objetivo de crecimiento, pues ello tendría poco o ningún sentido. Lo fundamental está en prever qué tipo de evolución económica se obtendría rompiendo los compromisos (45), para plantear primero un período transitorio de adaptación y, después, uno más a largo plazo para llegar a una política de felicidad, que es precisamente el título del libro de D'Iribarne.

En el período transitorio se trataría más bien de encontrar fórmulas de mejorar la vida en el trabajo, aunque fuese a costa de una disminución del consumo, o llegando a aceptar un crecimiento lento, del tipo del 1 al 3 por 100. Frente a los posibles recelos que suscitan las actitudes en pro de un crecimiento más lento, D'Iribarne subraya que «una expansión débil no debe atemorizarnos». Aparte de que siempre habrá de tenerse en cuenta la situación en concreto de cada sociedad (y qué duda cabe de que los países desarrollados se encuentran en este caso en mejores condiciones), el argumento de que el crecimiento débil puede ser especialmente contrario a los menos favorecidos no pasa de ser una falacia. Históricamente están demostradas tres cosas: que son precisamente los menos favorecidos quienes más sufren durante las fases de altas tasas de expansión del PNB; que cuando el crecimiento es rápido, la redistribución de renta no se hace precisamente más fácil, y que el contraste entre el bienestar de los países desarrollados y de los menos desarrollados tiende a agudizarse cuando los primeros están en una fase de intensificación de su auge económico material.

Por último, frente al argumento de que frenar el crecimiento es algo utópico por el «apego» que se le tiene por doquier, D'Iribarne se pregunta con gran escepticismo sobre cuál habría sido el resultado de una encuesta pública en 1785 sobre la monarquía en Francia. Y, sin embargo, en 1789 se produjo la gran mutación. Y podríamos agregar: ¿cuál es ya —ahora— la actitud de los británicos sobre el crecimiento sin límites y a costa de todo, en una sociedad en la que durante meses, en 1973 y 1974, se ha experimentado de hecho —aunque fuese por razones de la crisis energética— la semana de trabajo de tres días? (46).

A la hora de concretar la evolución a largo plazo, D'Iribarne se cubre —como de costumbre, para evitar las «peyorativas» calificaciones de arbitrista, utopista, aprendiz de brujo, etc.— de toda clase de precauciones. La evolución, manifiesta, debería hacerse en un marco de democracia, «un bien demasiado precioso como para que pueda renunciarse a él». Incluso en los momentos álgidos de las dictaduras sociales más rigurosas, hay que tener en cuenta los anhelos del pueblo, si no se quiere llegar al hundimiento total (47). La

(46) A este respecto, nos parece de interés el punto de vista de los sindicatos en una sociedad madura como la británica. Michael Shanks, en «The Stagnant Society», Penguin, Londres, 1972, se ha ocupado ampliamente de la cuestión.

(47) En este pasaje, D'Iribarne cita la vuelta en 1931 al beneficio personal como «palanca de la actividad agrícola» en la URSS, tras la fase previa de la liquidación de los kulaks y del intento de colectivización total. (Op. cit. pág. 187), pre-

nos en tanto que el PNB no sea sustituido por un medidor que calibre mejor la expansión del bienestar.

El gasto público habría que reorientarlo en la misma dirección, y no para conseguir —como hasta ahora— y a toda costa «que la tasa de aumento del PNB este año no sea menor que en el precedente». Así, pues, el Estado y las entidades locales —en un nuevo marco de descentralización— deberían asumir el papel de catalizadores de todas las transformaciones.

Por último, D'Iribarne se pregunta si todas las transformaciones preconizadas interfieren en la otra gran polémica imbricada con la nuestra, es decir, la de capitalismo/socialismo. Pero una vez más, muestra su perplejidad: «¿qué tipo de socialismo: Stalin, Mao, Dubcek? ¿Qué tipo de capitalismo: el portugués, el francés, el sueco? Su perplejidad no carece de razón de ser: si se contraponen el ideal socialista de justicia y de fraternidad —dice— al "ideal" (o más bien anti-ideal) capitalista del lucro, la cuestión está clara... pero si se trata de ver qué aporta, en la persecución de un ideal socialista, el derrumbamiento de la burguesía, la apropiación pública total o parcial de los medios de producción, una economía centralizada, etcétera... la respuesta no es tan fácil (48).

A la postre, D'Iribarne no se atreve —por lo menos aún— a proponer fórmulas concretas. Congruente con su enfoque global democrático, transfiere la cuestión a los partidos políticos. «Es a los partidos políticos a los que corresponde edificar un proyecto concreto, apreciar qué medidas serían oportunas en el estado en que se encontrará la opinión en un futuro próximo, organizar debates que permitan a ésta continuar mejorando su toma de conciencia de lo que condiciona la felicidad de cada uno. ¡Señores Partidos, a ustedes les corresponde actuar!» (49).

En pocas palabras, D'Iribarne, después de criticar a los que preconizan el compromiso sobre «desarrollo rápido, pero humano», se muestra evolucionista, democrático, sin pronunciarse decididamente por uno u otro de los dos sistemas sociales básicos, y relegando su preproyecto de sociedad feliz —con un crecimiento menor— a las construcciones concretas que puedan hacer los partidos políticos no favorables a la actual sociedad de consumo. Un escéptico podría decir tranquilamente: «Seguimos en las mismas. Estos señores no acaban de resolvernos la cuestión». Y es que —recurriendo una vez más, aunque sea un tópicos a las palabras de Machado:

democracia supone, ciertamente, una serie de límites a la acción, pero al propio tiempo es el único mecanismo que permite contrastar los resultados de tiempo en tiempo, antes de llegar a situaciones extremas, y con posibilidades de reajuste continuo.

La segunda proposición consistiría en informar más y mejor a los consumidores, y establecer techos para determinados tipos de consumo concretos. Si bien todo esto tendría que ir acompañado, inexcusablemente, de instrumentos de control de los propios empresarios productores, y de medidas tales como la reducción de la jornada de trabajo.

Pero, ¿cuál sería la reacción ante estas medidas por parte de una sociedad como la occidental, en la que casi siempre se aspira a emplear el mayor o menor tiempo disponible en aumentar el consumo? Aquí está el problema. Sin un cambio en los valores y principios hoy predominantes, las «trampas» al nuevo sistema se producirían sin fin. Y lo que es peor, si se quisiera evitarlas habría que densificar la trama policial. Por todo ello, D'Iribarne se limita a recomendar una paulatina reconversión de la política económica en materias como condiciones de trabajo, urbanismo, ordenación del territorio, desarrollo agrario, medio ambiente, etcétera; dejando de poner el énfasis en el crecimiento, por lo me-

ciamente por la aspiración de los campesinos de ver el fruto de su trabajo en alguna medida en correspondencia a su esfuerzo individual.

(48) *Ibidem*, pág. 215.

(49) *Ibidem*, pág. 227.

(42) Aumento de la cantidad de bienes y servicios disponibles.

(43) Ph. d'Iribarne, Op. cit., pág. 156.

(44) *Ibidem*, pág. 158.

(45) *Ibidem*, pág. 171.

CRECIMIENTO CON LIMITES (II)

«Caminante, no hay camino, se hace camino al andar...».

8. LA CONSIDERACION DE LOS PROBLEMAS ECOLOGICOS CON LA ESPERANZA DE UN REAJUSTE POR LA ACCION DEL PROPIO SISTEMA DE ECONOMIA MIXTA

Dentro de este grupo incluimos un solo personaje, pero indudablemente de gran talla, y lo que es todavía menos discutible, con gran número de seguidores por la enorme difusión de su texto principal que es «Economics» (49 bis). Nos referimos a Paul A. Samuelson, quien a lo largo de las nueve ediciones de su libro ha sabido ir analizando —con su particular manera de enfriar los temas candentes— los grandes problemas que en cada momento afronta la sociedad humana.

«En nuestro tiempo —dice Paul A. Samuelson en la novena edición de su libro (50)— existe un considerable grado de decepción respecto a los bienes y servicios meramente materiales, y de ahí proviene el desencanto frente al PNB como medidor del bienestar económico. Pero afortunadamente los economistas modernos empiezan ya a ajustar las cifras del PNB con el propósito de obtener una medición más significativa en términos de bienestar económico neto» (51).

Ese «bienestar económico neto», o BEN, es un concepto que Samuelson no duda en consagrar, participando, pues, en el desencanto mostrado por los «economistas modernos», al apreciar con ellos la falta de realismo del PNB como medidor global. El profesor del MIT se refiere en concreto a W. Nordhaus y J. Tobin, los que más recientemente han intentado ajustar el PNB tomando en consideración las desventajas y los perjuicios («disamenities») consiguientes a los procesos de intensa urbanización e industrialización (52). Todas esas contraindicaciones del crecimiento —básicamente el deterioro del medio ambiente—, una vez cuantificadas, se deducen del PNB como costes efec-

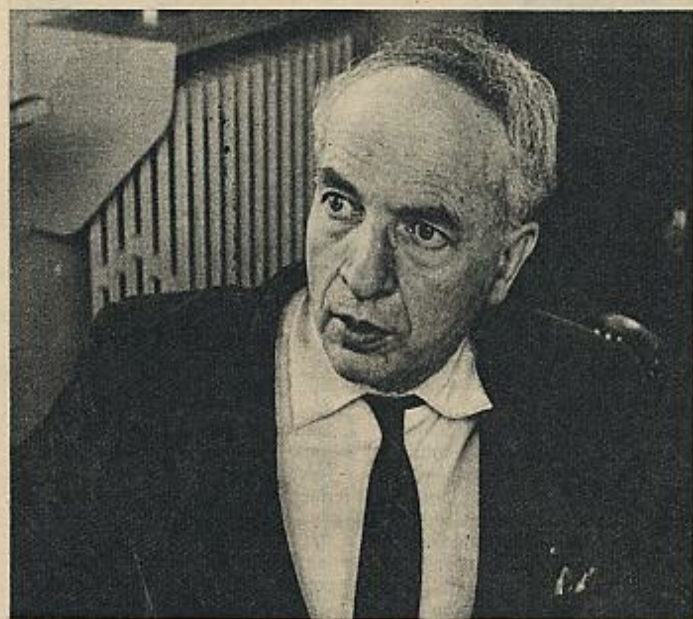
tivos para la población. En conclusión, habría que definir el

BEN = PNB — Costes sociales y sobre el medio ambiente imputables a su obtención.

Tras identificar el nuevo concepto, Samuelson (53), como tantas veces le ocurre a lo largo de su obra, y debido a su aceptación genérica de la suprema bondad del sistema de «economía mixta» («mixed economics»), no se pronuncia

sarse del PNB simple al más sofisticado BEN.

Samuelson aún matiza más su posición en la misma novena edición de «Economics». De hecho, se adentra —no sin grandes precauciones— en la polémica del crecimiento cero, en términos de población (ZPG) o en términos económicos (ZEG). Su punto de vista es que esos movimientos —que se percata «son cada vez más populares»— vienen a significar un cierto grado de exageración, como si



Alfred Sauvy.

de modo definitivo sobre la controversia. Si bien, es fácil advertir en él una clara simpatía por el BEN, al menos como contrapeso a la hipertrofia del PNB; así se aprecia cuando indica que mediante «las diferentes políticas puede decidirse mejorar el bienestar económico neto (BEN) sacrificando de forma deliberada el crecimiento del PNB... la Economía Política debe servir a los deseos de la Humanidad, no es preciso que los hombres se encadenen al mero crecimiento material, a menos que así lo deseen» (54). En última instancia, el defensor de la teoría de la soberanía del consumidor se remite nuevamente a ella en este caso: que sean los mismos afectados por el deterioro que produce un PNB indiscriminadamente creciente quienes también decidan a la postre —¿soberanamente?— si deben pa-

para «vender» el nuevo producto hubiese que sobrevalorar sus virtudes y atacar sin piedad los aspectos más negativos del viejo artículo.

«Son pocos —reflexiona Samuelson— quienes, después de examinar las ecuaciones y las fuentes de información de los trabajos de Forrester y Meadows para el Club de Roma pueden aceptar que en ellos se ha captado de forma realista el patrón más verosímil del futuro... Ignoran casi por completo lo que la escasez incluirá para cambiar los precios relativos, así como lo que esos precios transformados harán para estimular sustituciones y paliar escaseces. A pesar de todo (en esos estudios), se subrayan algunas problemas que significan impedimentos reales» (55). A la postre, el punto de vista de Samuelson nos parece bastante optimista, pues equivale a una proposición aproximadamente como ésta: los desequilibrios terminarán por resolverse, por la misma tendencia del sistema mixto a su

propio reajuste; bastaría con algo más de Sector Público en la mezcla del sistema. La anterior frase podría ser la síntesis efectiva del último párrafo que reproducimos del Premio Nobel norteamericano:

«(Los movimientos) del Crecimiento Demográfico Cero y el Crecimiento Económico Cero son reacciones comprensibles frente al modo de vida en el congestionado Navío Espacial Tierra (56). El smog y la contaminación del aire que incluso pueden cambiar el clima, la contaminación de las aguas por los vertidos, los desechos industriales, los fertilizantes y los detergentes, e incluso el calor producido por las plantas termoeléctricas —nucleares o no—, todo ello ha transformado nuestra herencia terrestre en un campo de desperdicios. Tales externalidades y deseconomías no cabe pensar que pueden corregirse a través de la competencia y de la persecución del lucro. Por el contrario, son necesarias ordenaciones territoriales de carácter gubernamental, techos y prohibiciones, planificación y coordinación, subsidios y penalizaciones fiscales. El cálculo del BEN nos muestra que no somos tan opulentos como podrían aparentarlo nuestras estadísticas del PNB; es mucho lo que queda por hacer en lo que podría llamarse la agencia social del futuro» (57).

En resumen, Samuelson toma el tema candente y, después de «enfriarlo», lo introduce en el mecanismo del sistema de economía mixta, al tiempo que, por lo menos para esta cuestión en concreto, recomienda reforzar los resortes del sector público en el sistema. Si tenemos en cuenta la resonancia de los escritos del profesor del MIT, creemos que su enfoque, aunque limitado, es de un alto valor para la toma de conciencia de los problemas que aquí nos preocupan.

9. EL ENFASIS EN LA CONSERVACION DE LA NATURALEZA Y EN LA TRANSFORMACION DE LA SOCIEDAD, EN UN MUNDO CON PODERES SUPRANACIONALES CRECIENTES

En cierto modo, en el recorrido que estamos haciendo, el profesor Samuelson, con su visión pretendidamente neutral bajo la cobertura del sistema de economía mixta, viene a representar algo así como el fiel de la balanza entre desarrollistas a ultranza y partidarios del crecimiento cero. A partir de este punto, nos adelantamos, pues, en la segunda parte del camino; en áreas de mayor preocupación por el crecimiento,

(49 bis) Como recordaba en 1973 *Business Week*, desde 1945, en que se publicó la primera edición, y teniendo en cuenta la reventa del libro como usado, se calcula que habrán leído «Economics» unos diez millones de personas en los veintiséis idiomas a que se ha traducido (incluido el ruso).

(50) McGraw Hill. Nueva York, 1973, página 185.

(51) «Net Economic Welfare» o NEW, en lengua inglesa.

(52) W. Nordhaus y J. Tobin: «Is Growth Obsolete?» [¿se ha quedado obsoleto el crecimiento?], en el «Coloquio del 50 aniversario» del National Bureau of Economic Research, Columbia University Press, Washington, 1972. Citemos también las recientes mediciones japonesas del «Net National Welfare» (NNW, o Bienestar Nacional Neto). Entre nosotros se ha referido a este tema recientemente Valentín Pérez Heredia en el artículo «Las Geshas también cuentan», publicado en *Cambio* 16, núm. 116, 4 de febrero de 1974, páginas 23 a 25.

(53) Como antecedente de todo este planteamiento habría que citar también la obra de E. J. Mishan, «Los costes del desarrollo», bien conocida en España por la versión de Oiko-Tau, Barcelona, 1971.

(54) P. A. Samuelson, Op. cit., pág. 197.

(55) P. A. Samuelson, Op. cit., pág. 819.

(56) Esta expresión «Navío Espacial Tierra» la toma Samuelson de Heilbroner, aunque en realidad procede de Boulding, como después veremos.

(57) P. A. Samuelson, Op. cit., pág. 821.



Paul A. Samuelson.

pobladas por quienes ponen a éste muchos condicionamientos, o por quienes son incluso partidarios de detenerlo para evitar grandes cataclismos ecológicos.

En un primer grupo de «pobladores» de esta segunda parte del «territorio» hemos incluido a dos moderados. De un lado, Philippe Saint Marc, que pone el énfasis en los problemas de la conservación de la Naturaleza. Junto a él, Sicco Mansholt, quien enmarca el crecimiento en un contexto supranacional para Europa, y que se refiere incluso a la posibilidad de un gobierno mundial.

Philippe Saint Marc presenta una postura claramente cautelosa respecto al futuro del crecimiento capitalista salvaje. Su preocupación se centra especialmente en la necesidad de defender los equilibrios de la Naturaleza (58) para mantener los propios equilibrios humanos. En este sentido, formula la siguiente ecuación de bienestar,

$$B = \alpha N + \beta C + \gamma M$$

donde B = bienestar,
N = nivel de vida,
C = condiciones de vida,
M = medio de vida

con la condición de que los parámetros $\alpha + \beta + \gamma = 1$, lo que la caracteriza como ecuación psicológica (59). En otras palabras, los valores de α , β y γ podrían variar, según se tratase de países desarrollados (donde N y C son temas más o menos resueltos, pero donde M es un problema acuciante) o subdesarrollados, donde N está sin resolver (paro, mal nutrición, etcétera), C es mediocre y M no presenta aún dificultades graves por la falta de las contaminaciones que comporta precisamente la industrialización. Es decir:

$$B_1 = 0,1N + 0,2C + 0,7M$$
$$B_2 = 0,8N + 0,15C + 0,05M$$

el caso B₁ correspondería a un país desarrollado, en tanto que el B₂ se-

ría el supuesto de uno todavía en el subdesarrollo.

Nos parece ésta una aportación fundamental, en el camino de lo que debe ser una erosión creciente de la trascendencia que se ha asignado al PNB como medidor del crecimiento, y a la renta «per cápita» y al índice del coste de la vida como indicadores del bienestar individual tipo dentro del colectivo. Sobre todo, si se tiene en cuenta que Saint Marc no se conforma con presentar su ecuación a modo de fórmula mágica, sino que, además, se ocupa de plantear cómo podrían determinarse los valores N, C y M:

N = nivel de vida, se medirá por la renta «per cápita» —o mejor por el consumo—, ajustándolo para tener en cuenta la dispersión en torno a la media.

C = condiciones de vida. En este caso, que Saint Marc analiza menos detenidamente, entrarían en el índice final toda una serie de elementos: jornada de trabajo, forma del mismo, tiempo empleado cotidianamente del hogar al trabajo, lugar y clase de vivienda, etcétera.

M = medio de vida. Es el término que más preocupa a Saint Marc, y a su medición dedica todo un amplio capítulo de su libro, en el cual arranca enumerando los siete perjuicios o daños que sufre el medio ambiente: contaminación del aire, del agua, ruido, acumulación de desechos sólidos, desaparición de espacios verdes, hacinamiento y alejamiento de la Naturaleza (60).

En el plano nacional, Saint Marc propone limitar el crecimiento en función de la conservación de la Naturaleza, como capital que es necesario mantener, y en algunos casos incrementar; para ello introduce los primeros medidores que permitirán valorarlo (61), a fin de establecer, en consecuencia, un «presupuesto de la Naturaleza» con el fin indicado de conservarlo o mejorarlo (62).

Por último, a nivel internacional

para Saint Marc, el dilema es bien claro y también soluble: destruir o socializar la Naturaleza; actuar anárquicamente a nivel mundial, de modo que cada país tenga su propia política, o plantearse la necesidad de un Gobierno Mundial de la Naturaleza, que podría permitir una cooperación a escala planetaria. Esa cooperación puede sistematizarse en los once puntos siguientes:

1. Constitución de una red internacional de detección y alerta de las diversas contaminaciones.

2. Una información pública ampliada sobre los problemas del medio ambiente con un «libro blanco mundial».

3. Una investigación científica y técnica coordinada y mundializada.

4. La difusión de la enseñanza sobre la Naturaleza, especialmente entre la juventud.

5. Una armonización de los gravámenes impositivos sobre los contaminadores.

6. La ordenación concertada de los espacios naturales comunes (Danubio, lago Leman, Alpes, Pirineos, etcétera).

7. La protección de las reservas naturales de trascendencia internacional.

8. Un renacimiento de la vida rural como antídoto a la urbanización que lo invade todo.

9. El derecho al espacio, con más superficies públicas.

10. La participación institucionalizada de la población en los esfuerzos conservacionistas.

11. El desarrollo de operaciones piloto (63).

En realidad, Saint Marc no se plantea los límites al crecimiento como un problema en sí. Para él, la variable independiente es la Naturaleza, y todo el modelo de crecimiento debe estar en función de ella. Si la Naturaleza está amenazada lógicamente, el crecimiento tal como hoy se entiende debe remodelarse y, en los convencionalismos actuales, refrenarse para preservar la variable clave. En esto, insistimos, su aportación nos parece importante, a pesar de las connotaciones ingenuas que en su discurso puedan apreciar los más «desnaturalizados» —que son muchos—, o, no obstante, el tecnocratismos que otros podrían ver en el tratamiento del tema, que no es otra cosa que un intento de crear una «caja de herramientas» nueva y «ad hoc».

Por su parte, como ya habíamos subrayado antes, Mansholt representa la presión intelectual en pro del aumento de poderes a nivel supranacional. Sicco Mansholt, miembro de la Comisión de la CEE desde su fundación, en 1958, escribió en 1972 una importante carta al

entonces presidente de la Comisión de la CEE, señor Malfatti, en la que se preguntaba por el sentido de un crecimiento económico desbordado y dentro de un contexto de continua degradación del medio ambiente y de disminución de la calidad de vida.

Las preocupaciones de Mansholt —una de las cabezas europeas que se atreve a pensar por cuenta propia— se polarizan en la necesidad de reordenar todo el crecimiento europeo, con una preocupación esencial por la calidad de vida, lo que supone un gran conjunto de transformaciones:

— La primera de ellas es la de mentalidad, la sustitución del PNB como único medidor macroeconómico, para pasar al concepto de Bienestar Nacional Bruto, en cierto modo en línea con lo propuesto por Paul A. Samuelson, y también muy relacionado con los planteamientos ya mencionados de la ecuación del bienestar de Saint Marc.

— Un sector agrario revigorizado, a base de todas las reformas contenidas en el célebre Plan Mansholt: agricultura de grupo de grandes explotaciones, retiro adelantado de los agricultores más viejos, supresión de la política de excedentes, etcétera.

— Una ordenación del territorio más racional, para evitar los perjuicios al medio ambiente y las malformaciones del proceso de urbanización que ahora se guía sólo por el espíritu de lucro.

— Una política de ayuda sistemática a los países subdesarrollados, combinado con un control de la expansión demográfica, del propio crecimiento en los países industriales, y junto con un desarme generalizado.

— Para todo lo anterior sería preciso abandonar los vestigios e inercias nacionalistas, pasando a una verdadera Federación Europea, que permitiese romper el actual impasse de la CEE. Esto exige, naturalmente, la puesta en marcha del Parlamento Europeo como órgano supremo de la Comunidad, a base de su elección por sufragio universal, y la formación de un gobierno europeo en el marco de elecciones y partidos europeos (64). ■

(64) En ABC de 3 de marzo de 1974, el público español tuvo ocasión de apreciar estas tesis, actualizadas, en el artículo de Mansholt, que llevaba por título «Reunir a Europa».

(58) Ph. Saint Marc, «Socialisation de la Nature», Stock, París, 1971.

(59) Ph. Saint Marc. Op. cit., pág. 14.

(60) *Ibidem*, pág. 101.

(61) *Ibidem*, cap. 7, págs. 170 a 191.

(62) *Ibidem*, págs. 256 y siguientes.

(63) *Ibidem*, págs. 352 a 355.

Próximo número:
Dos economistas radicales: Boulding y Heilbroner;
el caso de René Dumont.
La amenaza global.